

RECUPERAR MI VIDA

Sobresaltado. Así me despierto una mañana más, tal como viene siendo habitual desde hace más de dos años, despeinado y tremendamente agotado, por eso no me sorprende sentirme empapado de sudor y con la sensación de no haber descansado absolutamente nada. Viene siendo una rutina desde aquel 18 de marzo de 2015, pero aún siento el dolor del primer día y cómo se quiebra mi corazón por la barbarie sucedida, ni la noche consigue darme tregua. Asustado. Así miro a mi alrededor, también como cada amanecer, con la angustia de quien solo siente desprotección, inseguridad y desconfianza, y con el temor de quien ha visto mucho terror.

Solo los recuerdos consiguen evadirme de la cruel situación a la que me he visto abocado, son mi mejor recurso, el más sencillo y el único al que puedo recurrir para soportar la realidad que vivo y que parece que jamás tendrá vuelta atrás. Es fácil transportarme al pasado, son tantos y tan felices recuerdos. Por el contrario, es extremadamente difícil asumir que solo es eso, pasado, y el desenlace de cada recuerdo me devuelve ferozmente al trastornado presente.

Así que me distancio del sufrimiento y viajo de nuevo entre aquellos momentos de mi vida en los que, ahora me doy cuenta, lo tenía todo. Cuando era niño, siempre acudía con mi hermana pequeña a visitar a papá a su taller textil, él lo creó al poco de que yo naciera puesto que se trataba de un sector consolidado en nuestra ciudad que te permitía vivir holgadamente si se gestionaba bien. Papá sabía hacerlo y residir en la capital económica del país jugaba a su favor, de manera que pronto fue incrementando el número de trabajadores. Cuando aparecíamos por allí, después de asistir a nuestras clases en la escuela, los empleados, casi parte de la familia, nos enseñaban aquello en lo que estaban trabajando y nos dejaban ayudarles, entre bromas, en lo que podíamos. Lo pasábamos muy bien. Además, raro era el día en el que no nos lleváramos algún regalo tejido por ellos. Recuerdo especialmente a una de las trabajadoras que comenzó al poco de abrir el taller, nos hacía unos bordados preciosos. Ahora, tras cumplirse veinte años desde que mi padre levantase el negocio a base de horas, trabajo y honestidad, no logro asimilar que ya no quede nada y que los sueños que allí se crearon se hayan esfumado. Los

sentimientos de incredulidad, rabia e impotencia son una tortura que me golpea cada día.

Prefiero seguir evadiéndome y recordar el olor a incienso, especias y jabones que siempre caracterizó nuestro enorme e histórico mercadillo. Sus angostos y largos callejones han sido recorridos por millones de personas de diferentes culturas y sus paredes han sido testigos de siglos y siglos de tratos, compras y negocios. Cuando éramos pequeños, mi hermana y yo echábamos carreras con los amigos del barrio y de la escuela, ganándonos los enfados de comerciantes y clientes a los que empujábamos intentando llegar a meta antes que el resto. Desde muy joven siempre me fascinó el contraste de colores de aquel mercadillo cubierto, provocado por la mezcla de tonos de azulejos, lámparas, alfombras y tejidos. De adolescente siguió siendo un lugar al que acudía con asiduidad, en este caso para fumar pipas de agua con los amigos del instituto y probar el anís tan típico de nuestra región. Durante mi primer año de universidad, en el que comencé por vocación la carrera de Medicina, el mercadillo fue también un sitio que solía visitar para encontrar alimentos buenos y a buen precio, puesto que me independicé con mi novia a uno de los barrios más carismáticos de la ciudad y a los dos nos encantaba cocinar. Mi vida nunca se había desligado de ese mercadillo hasta ahora y sentir que jamás volveré a verlo me llena de ira, decepción y frustración, pero pensar que no volveré a verla a ella, no me deja ni siquiera respirar.

Estoy obligado a huir de la realidad y perderme en las memorias. El hecho de que mi ciudad acogiese un gran número de instituciones educativas significa que siempre ha recibido a mucha gente joven y ha sido una localidad con mucha actividad, lo que me ha dado la oportunidad de rodearme de muy buenos amigos. Muchos de ellos procedentes de otras ciudades del país. Recuerdo los viajes a la capital para visitarles y conocer los nuevos restaurantes y locales de danza y música tradicionales, pero algo que jamás olvidaré es atravesar los vastos campos de cultivo de olivo que se extienden en muchos puntos del camino desde mi ciudad hasta la capital, me transmitían pureza y paz. Mi bella tierra. Los viajes siempre han despertado en mí un fuerte sentimiento de vitalidad y felicidad, y más aún cuando se trataba de compartir

tiempo, conversaciones e inquietudes con mis amigos, parte de mí. Ahora, reflexionando, me doy cuenta de que las personas de las que me he rodeado, a lo largo de mis veinte años de vida, normalmente se han caracterizado por ser sociables, cultas, solidarias, emprendedoras y tremendamente empáticas, y hemos compartido un mensaje muy positivo de la vida. Es indescriptible la sensación de derrumbe al darte cuenta de cómo por encima de todo lo que crees, lo que defiendes y lo que das, no eres tú el que controla tu futuro y siempre habrá alguien, o algo, más poderoso que te arranque el derecho a decidir sobre la única vida que tienes. He compartido sueños y proyectos con muchos seres queridos y ahora no sé ni donde están, y si ni siquiera están.

Es una desesperación insoportable y prefiero, aunque irreal, seguir sumergiéndome entre el tiempo en el que se me permitió ser feliz. En él están mis padres, que no solo fueron eso, sino que también ejercieron de amigos, confesores, educadores, protectores, motivadores... lo fueron todo. Recuerdo las cenas en familia que se alargaban durante horas conversando sobre lo que nos había ocurrido durante el día, con los momentos buenos nos alegrábamos y con los malos, nos apoyábamos; las tardes comiendo los pistachos tan tradicionales del país junto a mi hermana, hasta que terminábamos la bolsa y nuestra madre nos regañaba; los viajes a la costa con la abuela, cantando y con el coche lleno de juegos para la playa y las noches en el hotel; las rutas en bicicleta que siempre acababan con un picnic que habíamos preparado los cuatro por la mañana; y las noches de cine viendo películas de todo tipo, seguros y juntos bajo mantas en el sofá. Ahora, entre finas telas, que de nada sirven ante el viento y el frío al que nos enfrentamos cada noche, de todos aquellos recuerdos solo queda mi hermana. Una de las explosiones sobre el casco antiguo de mi ciudad hizo cenizas el taller textil de mi padre y, por tanto, a todo aquél que se encontraba dentro. Uno de los grupos rebeldes terroristas que controlaban la ciudad entraron a una de las tiendas donde mi madre estaba comprando con una amiga y decidieron llevárselas, no he vuelto a saber nada de ella y el tormento que padezco preguntándome dónde y cómo está me mata por segundos.

Quiero recuperar mi vida. Te añoro Alepo.